



LA CAIDA DE LA TARDE

El día se estremece agonizante.
El sol enrojecido centellea
Del triste ocaso en el confín distante,
Como el ojo de un cíclope gigante
Que próximo á cerrarse parpadea.

¡Qué confusión de cantos y rumores
Al nacer la tiniebla!—Sopla el viento
Manso y garrulador entre las flores,
Y se oyen á lo lejos los clamores
Del toque de oración, místico y lento.

El tordo en el jagüey ya no se baña:
Vuela hacia el nido que su amor encierra;
El ganado descende la montaña,
Y el rústico retorna á su cabaña
Tras de la yunta que labró la tierra.

Del sombrío pinar en la espesura
Asorda el guaco con su bronco grito;
El zenzontle salmodia con dulzura,
Y entre la sierra lóbrega y oscura
Crotoran el faisán y el azolito.

En el espeso bosque americano
Arrulla la torcaz bajo la chaca;
Silba el grillo un monólogo lejano,
Y la rana, escondida en el pantano,
Finge ruido estridente de matraca.

Querétaro, Junio 25 de 1895.

JUAN B. DELGADO.

La queja de la tórtola se aduna
A la charla del mirlo alegre y loca;
Y en el espejo azul de la laguna
Semeja melancólica la luna
Cuajado trozo de cristal de roca.

El polen de su luz vuelca en el suelo
Vésper,—capullo de oro que revienta,—
Y en la paleta cóncava del cielo
Se diluye, á través de opaco velo,
Una brochada vívida y sangrienta.

La noche prende su cendal umbrío,
Y el mundo cobra aspecto funerario:
Cabe la orilla del sonante río,
Se destaca más blanco el caserío
Y surge más escueto el campanario.

Todo hace despertar un sentimiento
De inefable y letal melancolía.....
¡No sé qué religioso arrobamiento
Hace que suba á Dios el pensamiento
En alas de la dulce poesía!

Agoniza el crepúsculo; es la hora
En que el genio del mal,—Otelo que arde
En la llama vivaz que le devora,—
Asfixia á la Desdémona que adora,
A esa inocente pálida, la tarde.



En la Sombra

—+ + + + WALS + + + +—

(A F. JAVIER GAXIOLA).

+ INTRODUCCION +

Tenue..... vago.....
Sollozante..... musical.....
Como el débil murmullo de un lago
Que el beso del aura comienza á rizar.
Y desgranando sus sonos
Como perlas de un roto collar,
Vibrando, cual eco de viejas canciones,
En mi oscura memoria palpita,
Con voces que tienen tristeza infinita,
Un lánguido wals.

+ + +

No tiene un alegre;
Es un canto muy triste, muy negro.
Oid: la armonía al aire se va!.....

+ TIEMPO • DE • WALS +

Surgid, ¡oh, notas tremulantes!
¡Oh, arpegios débiles, llorad!
Tended las alas palpitantes
Y en el espacio, sollozantes,
Tristes y tímidos, vibrad!

+

¡Llore la musa del nocturno
La nostalgia de su bien !.....
Dolor, ¡oh, mago taciturno,
Levanta el himno!... Ya es el turno,
Del grito ronco de Chopin.

Ya, atravesando la callada
Fúnebre noche del pesar,
Ondula y tiembla la balada.....
Su melodía desmayada
Venid ¡oh tristes! á escuchar.

Yo canto los pesares y los dolores
Desgranando mis notas en el rondel;
Yo no canto los ojos cintiladores
Ni los labios ardientes como el clavel.

Mis versos son abejas que buscan flores
Enfermizas y pálidas que acendren hiel;
Yo canto los pesares y los dolores
Desgranando mis notas en el rondel.

Tengo dardos tremendos y vengadores
Que llenan de ponzoña la herida cruel;
Y, siendo eco de gritos desgarradores,
Yo canto los pesares y los dolores
Desgranando mis notas en el rondel.

Calla mi canto si la aurora
Tiende su aéreo, vago tul,
Si el alba, — virgen soñadora —
Con sus destellos baña y dora
El transparente cielo azul.

Pero en las noches misteriosas
Que cubre un palio de negror
Van mis estrofas rumorosas
— Tropel de aves tenebrosas —
Lanzando al aire su clamor.

Cantad los himnos del hastío
¡Oh, arpegios débiles, llorad!
El horizonte está sombrío,
Sopla un furioso viento frío.
¡Oh, notas tristes, sollozad!.....

✦ CODA ✦

...¡ Oh, rubia hermosura ! mi labio te nombra
Adoro tus rizos — gentil claridad. —
Mas seguid esperando en la sombra,
Oh anhelos !.....

¡Fugaces visiones, pasad!

Mi canto no tiene ni un rítmico alegre
Ni un vivo fulgor.....
Mi pena es muy honda, mi duelo es muy negro,
Muy triste mi amor.

..... Se borran..... se apagan las notas
Del canto de duelo y de afán,
Cual blancas, heridas gaviotas
Que, mientras torvo ruga el huracán,
Tienden las alas rotas
Y lentas..... muy lentas se van!

Toluca, Agosto de 1895.

FRANCISCO M. DE OLAGUÍBEL.



Tarde tibia y perfumada
Cielo azul con blancas nubes,
Sol que muere tras los montes
Tiñendo con rojas luces
Los muros del composanto
Que la enredadera cubre,
Y sola, junto á dos tumbas
Que coronan viejas cruces,
Una mujer enlutada
Que llora, recuerda y sufre.

Córdoba, 1895.

S. DUBOIS.



CUENTOS DE ALBUM

MARCHA NUPCIAL

EN el fondo de la nave destacábase blan-
co el quíso el altar, cubierto con rosas fres-
cas, y hacia allí se encaminaron, la pare-
ja de desposados y el séquito de amigos
y parientes. Subió el sacerdote, seguido de
un monaguillo, y comenzó la misa. Desde el
coro se esparcían por todo el templo sonidos
melodiosos. Y contrastaban fuertemente en
la primera línea de fieles, las anchas espal-
das negras del esposo con el albeante y ligero
talle de la novia. Ella, nívea y blanca como
ráfaga de cósmica luz, apenas dejaba ver el
rostro tras la gasa que la envolvía desde los
cabellos á los pies; apenas, también, se adivi-
naba que vivía, cuando sus largos dedos en-
guantados hojeaban el devocionario.

Purísima hostia de virginidad, la novia no
se daba aún cuenta de la ceremonia nupcial,
de su trascendencia, ni del «sí, padre», pronun-
ciado por ella y que la ligaba para siempre
á aquel hombre que á su lado parecía orar....
Como relámpagos fugaces le aparecían en la
memoria las distintas etapas de su noviazgo.
Se habían conocido; lentamente fueron amán-
dose, y cuando ella tuvo ya la necesidad de
verlo todos los días, de saber de él y de leer
sus cartas, una amiga íntima y confidente
suya habíase informado de la vida anterior
del novio de su amiga, y le hizo grandes re-
velaciones, desastrosas respecto al pasado
sentimental del prometido..... Era imposi-
ble que aquel hombre pudiera todavía amar,
como aseguraba en sus cartas; formaban una
letanía los nombres de mujeres, que se de-
cían amadas por él con delirio, olvidadas
después..... Entonces la novia, creyéndose
engañada, provocó una ruptura, él confesó
todo su azaroso pasado sentimental, le dijo
que de ella esperaba la salvación, la llamó
refugio, ángel de guarda, rada abrigadora
contra los temporales de las pasiones..... y
ante el delicioso y enorgullecedor papel de
salvadora, y ante la vanidad de sentirse con-
suelo, refugio, ángel tutelar, entregó su co-
razón y su mano.

Ahora, pedía fervorosamente á la Virgen
Santa, que le ayudase á salvar aquella alma;
que no la dejase luchar sola, sino que día á

día velase sobre ella y sobre el hombre á
quien consagraba todos sus años futuros.

Y entre las pupilas de la novia y el nimbo
aurífero que circundaba la cabeza de María
Santísima, parecía haberse establecido una
corriente de luz, de perfumes místicos y de
celestial consolación.

Durante la misa de bodas, él no levantó los
ojos, permaneció con la frente escondida en-
tre las manos, y por su calenturiento cerebro
pasaron, como galopada confusa é incoheren-
te procesión, las mujeres amadas en sus lar-
gos años de soltero.....

Insomne fué la noche anterior; el sueño y
la fatiga formaban, en torno de la galopada
femenil, algo como decoración brumosa, y los
sonidos graves ó agudos del órgano, parecían
al esposo reproches ó halagos, lanzados por
aquella femenina procesión.....

Unas, le lanzaban carcajada histérica al
rostro; otras, halagüeño reproche; las rubias
se esfumaban tras los áureos pliegues polvo-
sos de la dalmática de un diácono bienaven-
turado, cuya efigie en madera ocultaba un al-
tar; las morenas escondíanse bajo el obscuro
manto de una Mater Dolorosa, y por encima
de todas, semejante á plenilunio blanquísimo
en firmamento salpicado de lejanos astros,
aparecía la desposada.....

—Sí, murmuraba él desde el fondo íntimo
de su conciencia, que sea la última, la única,
la que cierre mis ojos; la que cicatrice, con
sus castas caricias, las heridas profundas que
abrieron las pasiones en mi corazón; que si
la vida me reserva todavía sinsabores y amar-
guras, ella, la compañera querida, sea quien
aparte de mí el cáliz de la lucha diaria.....

Bajó el sacerdote hasta los desposados; los
sonidos del órgano se acurrucaron en las bó-
vedas; en las pupilas de la esposa temblaban
dos lágrimas de suprema felicidad.....

Sobre el altar cerníanse coronas de humo
de cirios; y sobre el corazón del esposo, re-
frescante ambiente de reposo y de paz.....

Agosto 31 de 1895.

ALBERTO LEDUC.

